

El amigo a medianoche y las buenas dádivas del Padre

Los Evangelios contienen algunas enseñanzas fundamentales sobre la oración, tanto en las propias oraciones de Jesús registradas en ellos como en lo que Él dijo acerca de la oración. En el capítulo 11 del tercer Evangelio, Lucas reúne algunas de esas enseñanzas. En el comienzo del capítulo aparece Jesús rezando, y cuando termina Su oración Sus discípulos le piden que les enseñe a orar. Fue entonces cuando les enseñó el Padrenuestro.



Continuando con el tema de «enseñanos a orar», Lucas pasa directamente a la parábola del amigo que se presenta a medianoche. Se trata de una parábola breve seguida de un refrán o poema que contiene más enseñanzas acerca de la oración. Echemos un vistazo a la parábola.

Y les dijo: «¿Quién de vosotros que tenga un amigo y acuda a él a media noche y le diga: "Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío me ha llegado de viaje y no tengo qué ofrecerle", le





responderá desde dentro: "No me molestes, ya está cerrada la puerta; los míos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos"? Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su impertinencia se levantará para darle cuanto necesite» (Lucas 11:5-8)

Jesús comienza la parábola con una larga pregunta retórica, a la que prácticamente cualquier judío del siglo I habría respondido: «¡Claro que no!»

En la Palestina del siglo I, la hospitalidad era un principio profundamente arraigado. En una aldea, no era solamente una obligación individual, sino también comunitaria. Si una familia de una aldea tenía un huésped, se consideraba que toda la comunidad había recibido una visita. En ese caso, la necesidad del anfitrión se convertía en responsabilidad de la comunidad. Así pues, por muy molesto que fuera, era obligación del hombre que dormía levantarse de la cama y ayudar a su vecino con los tres panes que le pedía.

Ninguno de los que escuchaban a Jesús se negaría a levantarse de la cama, a la hora que fuera, para ayudar a un vecino que tuviera una necesidad. Todos eran conscientes de la importancia de que el vecino pudiera ser hospitalario con su huésped. Y dado que el vecino no contaba con los alimentos necesarios, su amigo se levantaría y le daría el pan que le pedía.

¿Por qué el hombre que dormía teme despertar a sus hijos? Las casas de los campesinos consistían en un solo ambiente en el que dormía toda la familia sobre esteras colocadas en el suelo. Era muy probable



que al levantarse de la cama, tomar el pan y desatracar la puerta se despertara toda la familia. Sin embargo, tratándose de un pedido legítimo relacionado con el deber de servir una

buena comida a fin de mostrar la debida hospitalidad al huésped del vecino, se daba por sentado que esa molestia se toleraría.

Jesús dice que aunque el hombre que dormía no se levante y le dé pan a su vecino por ser su amigo, lo hará a causa de su impertinencia.

La definición de el término griego *anaideia*, que se traduce como importunidad en la versión Reina-Valera y como insistencia en muchas otras traducciones, es desfachatez o impertinencia, que no es exactamente lo mismo que insistencia o importunidad. Al buscar desfachatez e impertinencia en el diccionario, hallamos definiciones tales como atrevimiento insolente; aplomo acompañado de desdén por la presencia u opiniones ajenas; desvergüenza; desparpajo.

En lugar de considerar insistente al vecino que tenía que pedir prestado pan, deberíamos verlo como una persona dispuesta a correr el riesgo de molestar cuando el motivo está justificado, que tiene la confianza de que su requerimiento será atendido, aunque parezca una descortesía despertar a su vecino. El hombre pide con atrevimiento, sin vergüenza.



A la luz del pedido inicial de los discípulos que querían aprender a orar, la parábola de Jesús nos insta a rezar con atrevimiento, a presentarnos sin vergüenza delante de Dios para pedirle que cubra nuestras necesidades.

Cierta técnica didáctica utilizada por los rabinos judíos consistía en enseñar de lo menor a lo mayor, o de lo liviano a lo pesado, lo que significa que si una conclusión se aplica a un caso sencillo, también se aplicará a uno más importante. Jesús empleó dicho método en esta parábola. El argumento es que si el hombre se levantaría para atender el requerimiento de su vecino, ¿cómo no va a responder Dios nuestras plegarias cuando le presentamos nuestras peticiones?

Jesús subraya ese principio en los dos versículos siguientes, cuando afirma:

Así que Yo les digo: Pidan, y Dios les dará; busquen, y encontrarán;

llamen a la puerta, y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama a la puerta, se le abre. (Lucas 11:9-10)

A continuación de esos dos versículos se encuentra la parábola de las buenas dádivas del Padre, que arroja más luz sobre el tema de la oración.



¿Acaso alguno de ustedes, que sea padre, sería capaz de darle a su hijo una culebra cuando le pide pescado, o de darle un alacrán cuando le pide un huevo? (Lucas 11:11-12)

La respuesta implícita es que a ningún padre se le ocurriría hacer semejante cosa. Ningún padre le daría a su hijo una culebra en lugar de pescado, un alacrán en lugar de un huevo, o como dice en el Evangelio de Mateo, una piedra en lugar de pan. A los oyentes eso les quedaba más que claro. Jesús entonces termina la parábola diciendo:

Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan! (Lucas 11:13)

Si unos padres no le darían algo dañino a un hijo que les pide comida, con más razón podemos confiar en que Dios Padre —que es infinitamente superior a cualquier padre terrenal— nos dará cosas buenas en respuesta a nuestras plegarias. Entre ellas, Su presencia en nosotros por medio del Espíritu Santo.

El capítulo 11 de Lucas expone varios principios importantes de la oración: que debemos presentarnos confiadamente ante Dios y pedirle con atrevimiento lo que necesitamos, teniendo la certeza de que si

pedimos, recibiremos, y si llamamos a la puerta, esta se abrirá. Jesús también deja bien claro que si damos por sentado que quienes nos quieren y velan por nosotros —nuestros padres— nos darán el pan de cada día —comida y lo que sea preciso para satisfacer nuestras necesidades vitales—, podemos contar con que Dios, nuestro Padre celestial, haga lo mismo y muchísimo más. Podemos presentarle audazmente nuestras peticiones, sabiendo que cuidará de nosotros.

www.freekidstories.org